

PRODUCCIÓN Y AMBIENTE BENEFICIOS MUTUOS

LA VERSATILIDAD DEL USO Y MANEJOS DE LA TIERRA QUE APORTA LA GANADERÍA PUEDE CAPITALIZARSE COMO UN PUENTE ENTRE PRODUCIR Y CUIDAR EL AMBIENTE. CREATIVIDAD Y OPORTUNIDADES.

POR ESTEBAN G. JOBBÁGY, JORGE L. MERCAU, GERMÁN BALDI

GRUPO DE ESTUDIOS AMBIENTALES –CONICET & UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN LUIS

La conexión y los posibles conflictos que existen entre producir y proteger el ambiente no son una novedad para los productores agropecuarios. Reducir la erosión, sostener los niveles de materia orgánica del suelo o mantener especies valiosas del pastizal son metas presentes desde hace décadas y que han obligado a resolver dilemas entre rentabilidad inmediata y ambiente; disyuntivas que cuando se materializan en nuestro lote agregan el enorme incentivo de proteger un recurso propio. Pero la relación producción-ambiente se torna compleja y polémica cuando miramos más allá y comprendemos el papel que desempeña la porción de territorio que manejamos sobre la generación de productos y de valores ambientales que reclama la sociedad.

Si nos ubicamos en una parcela aún ocupada por monte nativo en algún lugar del chaco seco encontraremos que, más allá del interés directo de quienes producen y viven en ella, llegan hasta allí reclamos de otras personas que perciben los valores ambientales de ese territorio. Estos valores (que a veces son abstractos o confusos, otras concretos y cuantificables, y en ocasiones contrapuestos) de algún modo determinan qué prácticas son consideradas ambientalmente buenas o perjudiciales. A través de lo público (legislación,

políticas, protestas) y lo privado (mercados, sistemas de certificación) y fuertemente influidos por los medios de comunicación masivos, estos reclamos llegan a nuestro lote desde círculos provinciales, nacionales y globales. Así, el deseo de un mundo más natural de un empleado en Amsterdam que se preocupa por la pérdida de bosques que nunca visitó pero valora, se suma a la alarma por el cambio climático de un político de Ottawa o una médica de México DF, que entienden que eliminar nuestros montes puede agravar el problema. En un mundo en el que crece la conexión cultural estas demandas tienen ecos en todas las ciudades -incluida la más próxima a nuestro lote- al mismo tiempo que también llega la demanda de productos.

LOCAL Y CONCRETO

A nivel regional nuestra porción del territorio también aporta valores ambientales que pueden ser más tangibles y, en algunos casos, encontrar su lugar en el mercado. Por ejemplo, el ámbito rural que rodea a una ciudad le ofrece recursos que van desde agua limpia a ámbitos de esparcimiento. Tal es así que cuando la ciudad de Nueva York se dio cuenta de que el uso y manejo que se

le daba a las tierras de la cuenca que la abastecía de agua (predominantemente tambos) ponían en riesgo su calidad, planteó un acuerdo sin precedentes. En vez de encarar un plan de costosas obras de tratamiento y búsqueda de nuevas fuentes de agua, optó por acordar con los dueños de las tierras de la cuenca el pago de derechos para limitar la contaminación. Así, la ciudad mantuvo su provisión de agua a un costo seis veces menor y los productores lograron percibir ingresos por un servicio valioso que sus tierras ofrecían hasta entonces gratuitamente. A nivel más local, las acciones sobre nuestro lote pueden tener efectos sobre explotaciones vecinas, como suele ocurrir con los problemas asociados a la regulación hidrológica. Como vemos en la Pampa, los excesos hídricos de un establecimiento pueden traducirse en problemas de anegamiento y salinización en zonas vecinas, obligando a revisar problemas y soluciones, costos y beneficios en un paisaje con muchos actores.

¿NUEVOS COSTOS U OPORTUNIDADES?

En todos los casos planteados surge como aspecto común la necesidad de conocer qué ofrece o deja de ofrecer nuestro territorio, quiénes están preocupados o interesados en esta oferta y cómo negociamos de forma más justa e inteligente con ellos. ¿Comprendemos en profundidad las demandas globales, regionales, vecinales? ¿Podemos transformarlas en oportunidades, o serán nuevos costos que deberemos incorporar? Si existen confusiones entre los valores que nos reclaman (más naturaleza, menos calentamiento,

mejor agua, más carne, etc.) y las exigencias que nos imponen (no desmontar, eliminar herbicidas, no exportar, etc.), ¿podemos aclararlas? ¿Tenemos la información y organización necesarias para ello?

Las demandas ambientales nos exigen un conocimiento de los sistemas de producción que va más allá de lo estrictamente productivo. En el centro de Argentina surgen ejemplos donde una visión sistémica nos permite encontrar oportunidades que reconcilien producción y ambiente, analizando el proceso productivo como la transformación agua→biomasa→carne/grano→\$. En el caso de la Pampa Húmeda el reemplazo masivo de sistemas pastoriles por cultivos de grano ha reducido el consumo de agua, planteando un riesgo de anegamiento mayor al que hubo durante el último ciclo de altas precipitaciones (1998-2002). Una fracción de los paisajes pampeanos que va del 10 a más del 50% según las zonas, emergió de las últimas inundaciones y recibió planteos agrícolas que en algunos casos logran buenos resultados pero que en muchos otros son marginales y con frecuentes abandonos.

En este contexto, designar tierras a la producción de pasto (primer eslabón de la cadena mencionada arriba), que implica un mayor consumo de agua, tendrá dos ventajas: diversificará las cadenas productivas de la región y permitirá mejorar los suelos de los ambientes bajos e incrementar su contenido de carbono orgánico. Un beneficio directo consiste en reducir el riesgo de futuros anegamientos, lo que muestra un claro ejemplo de ganar-ganar en términos de producción y ambiente a múltiples escalas.



Insertar usos forrajeros en la Pampa Húmeda también impone desafíos. En la medida en que el pastoreo directo de los lotes deja lugar a la alimentación a corral, suelen crecer dos problemas ambientales: la pérdida de nutrientes en las zonas exportadoras de forraje y la acumulación de nutrientes y contaminación en las zonas de concentración animal. Sumando complejidad (y optimismo) a este proceso, las dietas más digeribles de animales confinados (pasto y grano a corral vs. pasto de baja calidad a campo) pueden bajar sus emisiones de metano, problemático gas invernadero.

En tierras más áridas, como el chaco seco y el espinal, las oportunidades surgen en otro eslabón de la cadena: el del pasaje de biomasa a productos. Prueba de la ineficiencia en este paso son las bajas tasas de consumo forrajero (fracción de la biomasa producida que es efectivamente aprovechada por el ganado), la necesidad de eliminar biomasa remanente, y la presencia recurrente del fuego como “herbívoro” capaz de consumir lo que el ganado no aprovecha.

Ante esta dificultad las opciones agrícolas resultan atractivas porque si bien no utilizan exhaustivamente el agua, convierten la biomasa en un producto más aprovechable. Sin embargo, el uso conservador del agua en los sistemas agrícolas trae aparejada la generación ocasional de excesos hídricos en regiones que no suelen tenerlos bajo vegetación natural. Cuando este agua “sobrante” escapa por la superficie puede causar erosión, cuando lo hace subterráneamente causa ascensos freáticos y salinización, y por ambas vías, inundación.

PEQUEÑAS INNOVACIONES PARA MEJORAR

Cuando la agricultura se torna predominante en grandes áreas sin discriminar ambientes estos problemas se pueden volver severos. Usos ganaderos que complementen el aprovechamiento de granos con pasturas de especies subtropicales (conocidas como megatérmicas) capaces de consumir más agua y de maximizar el aprovechamiento de la biomasa respecto de los sistemas tradicionales, surgen como un camino hidrológica y productivamente ideal. Éste, combinado con el mantenimiento de áreas de vegetación natural destinadas a una ganadería más extensiva o usos forestales sustentables puede ofrecer un camino viable de conservación. Desde el punto de vista del problema de calentamiento global y las múltiples acciones para mitigarlo, las pasturas también tienen algo para ofrecer. Mientras que los biocombustibles agrícolas se cuestionan cada vez más por su competencia con otras necesidades humanas, la posibilidad de aprovechar excedentes forrajeros de baja calidad como fuente de energía gana interés y promete una respuesta más inteligente para la sustitución de combustibles fósiles

Como hemos visto, la versatilidad de usos y manejos de la tierra que aporta la ganadería puede capitalizarse como un puente entre producción y ambiente. Entonces, pensemos qué actitud tomaremos: ¿Esperar que las demandas ambientales lleguen y el sector ganadero las procese de la manera menos costosa? ¿O estimular desde hoy la discusión, buscando sinergias y oportunidades? ◀

